

SOBRE LA NECESIDAD DE LA EDUCACIÓN INTERGENERACIONAL

ANTONIO J. OLMEDO REINOSO

Estudiante de Pedagogía. Universidad de Granada

En la actualidad nos encontramos con una situación que algunos denominan *alarmante*. Las pirámides de edad se están desmoronando, se dice que las bases de las mismas no podrán sostener el peso de las cúspides. Y es que hoy día la población mayor de los “países desarrollados” va cada vez en más rápido aumento, mientras que la natalidad decrece de forma exagerada en proporción. Los estados parecen hacer hincapié en este aspecto y tratan de paliar la situación con medidas que favorecen la creación de familias numerosas, fomentando la natalidad en su seno. Pero, ¿es realmente cierta la tesis de que las generaciones más jóvenes deben sostener a las más mayores? o ¿es una maniobra más para convencer a la gente de que los “viejos” no sirven para nada?

Personalmente estoy en total desacuerdo con dicha afirmación. Toda persona tiene mucho que decir y hacer desde que nace hasta que muere. Y esta muerte, por mucho que nos pese, no tiene por qué llegar a edades avanzadas, ¡puede llegar cualquier día! Por tanto creo que sería la mejor forma de facilitar el desarrollo de un país, teniendo en cuenta a ese gran colectivo que forman las personas mayores, creando los mecanismos para que ellos también participen de forma activa en la sociedad. Muchos de los programas que se desarrollan son destinados a “llenar el tiempo libre de los viejos”, ¡como si no sirvieran para otra cosa que para divertirse y viajar! Los mayores son totalmente necesarios, y más si tenemos en cuenta la dinámica en que las sociedades actuales están entrando, de cambios bruscos y acelerados, muchas veces sin razón aparente. Son ellos los que pueden hacer contrapeso, desde su experiencia y conocimientos vitales (subrayamos esto de vitales, ya que en este término se encuentra el matiz necesitado en la actualidad).

Un mayor no es simplemente una persona que está esperando, en palabras de Sabina, *el desgraciado momento*. ¿Somos conscientes de la sabiduría que recogen setenta, ochenta o noventa años de vida, la riqueza que han recolectado en su transcurso? No todo en la vida es llegar a ser un experto en telecomunicaciones, ni dominar a la perfección un ordenador. Eso lo puede hacer cualquier persona, aunque a unos les cueste más que a otros. Vivir es un continuo reto, un continuo cúmulo de experiencias variadas en su naturaleza: afectivas, intelectuales... Si nos posicionamos en este aspecto y lo colocamos en el centro de nuestra reflexión podríamos definir a la persona mayor como un *experto*, con

muchos más méritos que aquéllos que obtienen este mismo título por hacer cursos de trescientas horas, incluso menos. Nuestros mayores son expertos en otro sentido, son *expertos de la vida*, aunque a muchos les pese tanto y terminen por recluirllos en centros geriátricos para no tener que “cargar con ellos”.

Por tanto podemos afirmar que la educación intergeneracional sería la más enriquecedora de todas las acepciones que quisiéramos inventarnos acerca del hecho educativo. Corremos el riesgo al hablar de educación intergeneracional de acordarnos únicamente de jóvenes y viejos, y olvidarnos de las generaciones intermedias. Éstas son, como veremos más adelante, un eslabón clave en la posibilidad de realización de la misma.

La situación española difiere en alto grado del resto de los países europeos. No olvidemos que estamos en una etapa de consolidación democrática y que ahora superamos los veinticinco años del final de una dictadura que azotó el país durante más de treinta años. Nos encontramos por tanto con una generación que vivió posiblemente la Segunda República, que ha pasado por una guerra civil, con sus consecuentes postguerras y para terminar, como colofón, una dictadura, bastante larga por cierto y muy peculiar. Si a esto sumamos el frenético cambio de los tiempos, la revolución tecnológica y el cambio cultural que sufre Europa en los últimos años, descubrimos una generación mayor que, en principio, podríamos calificar de anacrónica. Por otro lado tenemos una generación joven que ha nacido en el seno de la democracia, en un mundo de “libertades”, que terminan siendo únicamente aparentes, y para enfrentarse a él no están provistos de las armas y herramientas necesarias. Son jóvenes sedientos de identidad, de un conjunto de ideales que no encuentran, no porque no haya, sino quizás porque hay demasiados y no saben cuáles elegir. Se nos presenta por tanto una realidad que se encuentra desnivelada y descontextualizada, ya que unos por defecto de experiencias en terreno democrático en la mayor parte de su vida y otros por exceso de las mismas desde que nacieron, configuran un puzzle en el que no encajan las piezas. Si colocáramos ambos colectivos en una balanza encontraríamos el equilibrio deseado, pero por desgracia la solución no es tan sencilla. Es aquí donde las generaciones intermedias deben jugar un papel decisivo en el acercamiento y encuentro de ambas “formas de vida” tan radicalmente diferentes en apariencia. Éstas pueden ser el puente necesario y urgente que una ambos lados de este caudaloso río que se nos presenta. Dicho desde otra perspectiva, se trata de sus propios padres y, además, de sus propios hijos. Por lo tanto no podemos reducir nuestra reflexión simplemente a las generaciones más mayores y las más jóvenes, ya que nos faltaría una pieza clave que podría ser la solución a muchos de los problemas que se planteen.

Para finalizar me gustaría hacer hincapié en un último aspecto. Es más una reflexión personal sobre mi experiencia en la preparación de estas jornadas. Personalmente he trabajado con un grupo de personas mayores, “viejos” como alguno de ellos se autodenominaría, y han sido días de gran enriquecimiento mutuo. Con ello he constatado que los mayores encierran gran sabiduría y riqueza, que en muchos casos están dispuestos a colaborar y, lo que es más importante hoy día, a escuchar pacientemente. Estas personas han de ser, y lo están siendo de hecho, las pioneras en el campo de la educación intergeneracional. Me refiero a que la formación de los mayores es una causa muy justificada y laureada, pero creo que ya en el siglo XXI nos quedamos “cortos” si nos limitamos simplemente a esto. Debemos crear nuevos canales, hasta ahora inexistentes, que abran paso a este tipo de experiencias. La realización de estas jornadas, y más en concreto su preparación, son un claro ejem-

plo de que es posible, y más importante aún, de que es muy beneficioso. Con este tipo de experiencias “mixtas”, intergeneracionalmente hablando, se favorece el conocimiento y apoyo de otras generaciones, se abren vías para el diálogo y la reflexión, en definitiva se crece de forma conjunta.

Éste es el gran reto de nuestro siglo, hay mucho trabajo por delante, es cierto, pero creo que también hay muchas ganas e ilusiones puestas en que se haga realidad, y son muchos los colectivos que pueden beneficiarse con ello, podríamos decir que la sociedad al completo, la especie humana en su totalidad.